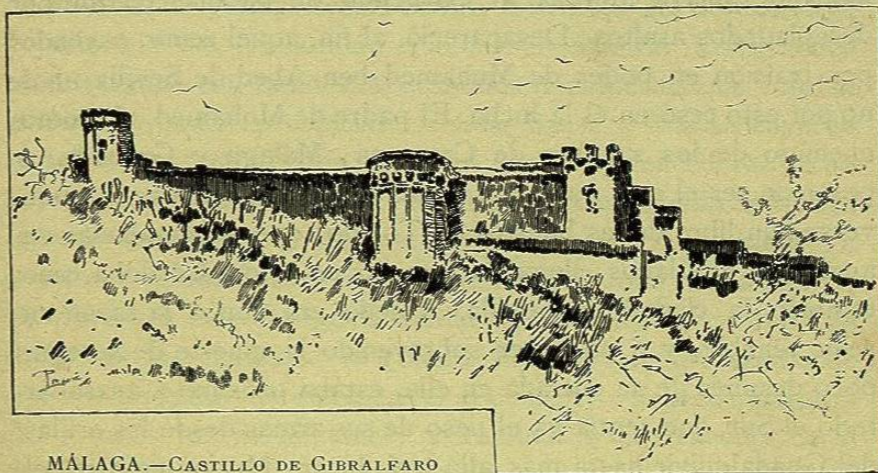


aclamado por el pueblo; y el que tan poderoso se había visto en los últimos años de su existencia, se vió condenado á exhalar su último suspiro en las tinieblas de una cárcel.

Estuvo Edris durante todo su reinado, como acaba de verse, en íntimas relaciones con el saheb de Granada Habus-ben-Haksán, que murió casi al mismo tiempo que él, dejando por sucesor á Badys, su hijo. Habus fué también uno de los aliados del walí de Carmona, y estuvo en continua guerra con el de Sevilla, cuyas fuerzas contrarrestó muchas veces en las fronteras de su reino. Distinguióse sobre todo por sus prendas militares. Era en extremo valeroso, intrépido en el peligro, infatigable en sus campañas, más ardiente que nunca después de una derrota. Luchó con un enemigo poderoso y sanguinario que no pensaba más que en la conquista, y le tuvo sin cesar sobre el lindero de sus dominios; pero no solamente logró detenerle; le dió á conocer su pujanza en Alcalá del Río, y hasta en uno de los barrios de Sevilla.

Los reyes de Almería fueron en todo este tiempo los que gozaron de mayor paz en estas provincias. Moez-ben-Mohamed, sucesor de Zohair, no tuvo que desnudar la espada contra enemigo alguno, logrando después de diez años de reinado, entregar á su hijo Mohamed-ben-Maan en estado tranquilo y floreciente su reducida monarquía. Apenas subido éste al poder, tuvo ya que luchar con su hermano Somidah-Abu-Otabi, que le disputó la soberanía; pero merced á su valor y á su prudencia, ni fué larga la guerra, ni sangrienta, ni dió por resultado más que el pronto vencimiento del rebelde, á quien acogió y honró en su corte el bondadoso príncipe. No entraron durante muchos años estos reyes ni aun en las guerras de sus vecinos, en las que, si alguna vez tomaron parte, fué para acallar las discordias civiles, aquietar pasiones bastardas, y dirigir contra los infieles al Profeta los ímpetus belicosos que consumían desgraciadamente en satisfacer odios y venganzas. Alcanzaron así á la sombra de la paz que un reino pequeño por su extensión se presen-

tara grande á los ojos de los demás pueblos, llegando á llamar la atención y el amor de los sabios y de los poderosos casi del mismo modo que lo hizo en tiempos más venturosos el destruído califato. Dióles sobre todos prosperidad ese mismo Mohamed-



MÁLAGA.—CASTILLO DE GIBRALFARO

ben-Maan, contra el cual se levantó su hermano. Fué de los príncipes más amantes del pueblo, benéfico y humilde para todos, dadivoso, amante de las letras, y apasionado principalmente por la poesía. Tenía en su mismo alcázar á Abu-Abdala-ben-el-Hedad, el más esclarecido poeta de la época, y á Ebn-Ibada-Ebn-Bolita y Abdel-Melek, varones de grande ingenio; dedicaba un día de la semana á conversar con los hombres más doctos; condecoraba y distinguía con ahínco á cuantos venían de oriente y mediodía á ilustrar su corte con los conocimientos que poseían. Protegió eficazmente la agricultura y el comercio, y fué esparciendo la felicidad por todo el ámbito de su reino.

Ardía en tanto el de Córdoba en nuevas guerras civiles, y el norte de las provincias granadinas, ya que no viese continuamente manchado el suelo con sangre de combatientes, se hallaba fatigado sin cesar por el paso de armas amigas y enemigas que,

ya iban, ya venían de la ciudad de aquel nombre, deseosas siempre de saqueo y de matanza. Los emires de Toledo y los de Sevilla se disputaban porfiadamente la corte del antiguo califato; Córdoba debía luchar con la fuerza de los unos y la alevosía de los otros; y temblaban todas las vertientes meridionales de Sierra Morena al estruendo de batallas terribles y desapiadados asaltos. Desapareció, al fin, aquel reino, cayendo por traición en poder de Mohamed-ben-Abed de Sevilla; mas no por esto cesó en él la lucha. El padre de Mohamed, el eterno enemigo de los sahebes de Carmona, Málaga y Granada, á pesar de ser el más poderoso de los emires españoles, no pudo verse aún libre de las huestes de Toledo, que acompañadas de auxiliares cristianos, llegaron á tomar no sólo á Córdoba, sino también la ciudad de Sevilla. Toledo era aún á la sazón un reino temible, y á no haber sobrevenido la muerte de su emir poco después de su entrada en ella, estaba próximo á avasallar todo el Sur, que sentía ya el peso de sus armas desde las orillas del Guadalquivir hasta más allá del Júcar. Murió, empero, el emir, y Mohamed-ben-Abed, que lo era hace ya tiempo de Sevilla, pudo reconquistar fácilmente las ciudades perdidas.

Este Mohamed-ben-Abed no tenía la crueldad de su padre, pero era de mayor denuedo. No sólo contrarrestó las fuerzas toledanas, sino que también, prosiguiendo con actividad la guerra contra los emires de Málaga y Granada, hizo al fin suyo aquel reino, que no había podido conquistar su padre á pesar de sus afanes. Dirigióse con ardor contra ben-Kasem, el que destronó á ben-Edris; tomóle uno tras otros pueblos importantes, le derrotó junto á Baza, ciudad perteneciente al reino de Granada, que tomó poco después de la batalla, le acorraló dentro de los muros de Málaga que no tardó en verle morir, según algunos en un baño, atacó con mayor ímpetu al sucesor Kasem-el-Mostaly nombrado antes por su padre walí de Algeciras, ganó hoy una ciudad, mañana un pueblo, y una tras otra victoria llegó á apoderarse de todos los dominios que tenía en

España su enemigo (1). Dominó luégo en Málaga y Algeciras, y arrojó, por fin, al África al desgraciado Mostaly, á quien no quedó más recurso que el de ir á reducir las ciudades de Tánger y de Ceuta.

No paró aquí la ambición de Mohamed. Dueño ya del reino de Málaga, dirigió sus armas contra los restos del de Córdoba; y lleno allí del entusiasmo que suelen inspirar los grandes triunfos, ganó con rapidez los castillos más fuertes que cubrían el norte de estas provincias. Úbeda, Baeza y Martos cayeron en su poder; tembló Jaén ante sus banderas vencedoras; y no habría habido quizá en toda aquella comarca pueblo ni ciudad capaces de resistir al número y al esfuerzo de sus soldados, á no haberle infundido zozobra y temor los adelantos de Alfonso VI, que tuvo por este tiempo la osadía de bajar á poner cerco á la ciudad de las ciudades, á Toledo. Las venturosas hazañas de este rey cristiano, de quien aquél era suegro, le preocuparon á él y á todos los musulmanes; y cuando le vió vencedor de la ciudad sitiada, tenida entonces por inexpugnable, se estremeció ante la ruina que le amenazaba, y ya no pudo pensar sino en el modo de conjurar la tormenta que iba murmurando sobre su cabeza. Volvía los ojos en torno suyo, y se encontraba aislado y sin fuerzas para vencer al enemigo. Delante de sí no veía más que la caballería de Alfonso armada toda de hierro, detrás de sí no oía sino relinchar el corcel de los almoravides, hijos bravíos del Desierto, que acababan de lanzarse sobre el África como un

(1) He aquí la cronología de los emires que gobernaron este reino. Se recordará fácilmente que el primero que se apoderó de Málaga fué el walí de Ceuta Aly-ben-Hamud, que instigado por Hhayrán, pasó á España con el objeto de disputar el califato á Soleimán. Aly-ben-Hamud fué, pues, el primer emir de este reino, y lo fué desde el año 1015. Tras él siguieron en

1018—Kasem-ben-Hamud-el-Mamún, hermano del anterior.

1023—Yahyah-ben-Aly-el-Motaly, sobrino de Kasem.

1026—Edris I ben-Aly-el-Motayyad, hermano del anterior.

1030—Edris II ben-Yahyah-el-Aly.

1068—Mohamed-ben-Kasem-ben-Aly-ben-Hamud, sobrino del anterior.

.....—Kasem II ben-Mohamed-el-Mostaly hasta 1091, en que feneció con él la dinastía de los hamuditas, descendientes en línea recta de los edrisitas de Fez.

león sobre su presa. Su ambición le había llevado á hacer la guerra á casi todos los demás emires de Andalucía, y apenas podía contar con uno, á pesar de correr todos igual riesgo y de ser unos los intereses de todos en tan críticas circunstancias.

Crecía, sin embargo, el peligro, y urgía prevenirse para una guerra decisiva. Alfonso estaba amenazando de muerte á Mohamed, y éste conocía ya bien el valor de aquel guerrero, que acompañado de sólo ciento cincuenta caballeros, se había atrevido á presentarse como aliado ante las mismas puertas de Sevilla, y deseoso de ver el Estrecho había descendido á la costa, penetrado en el mar hasta llegarle el agua al petral de su caballo, y dicho con el orgullo propio de un hombre á quien arrebatara la ambición más desmedida: toqué por fin el extremo de la tierra de Andalucía. Temía más y más Mohamed; y en medio de su profunda desconfianza, llegó á concebir el pensamiento de pedir en su favor las armas de los almoravides, á pesar del terror que imponía á todos los árabes de España la fiereza de esa raza conquistadora. Conoció que un día podía ser víctima de sus mismos auxiliares; vió combatido su intento por su propio hijo, pero no hubo ya quien le hiciera desistir de su proyecto (1). Envió humildes embajadas á Yusuf, emir de los

(1) Conceptuamos oportuno trasladar la sentida plática que sobre este proyecto tuvo lugar entre Ebn-Abed y Raschid su hijo, traducida de una crónica árabe por el apreciable historiador Carlos Romey. «Hijo de mi alma, prorrumpe el padre, huérfanos venimos á ser en esta Andalucía, acorralados entre un piélago borrascoso y un enemigo poderoso é inhumano, sin que nos quepa ya más auxilio que el del Altísimo, si tiene á bien ampararnos. Ya estás viendo cuán poco nos cabe esperar de los emires de Andalucía, siendo de suyo insensibles para todo resguardo y arrimo. Por otra parte estás presenciando las conquistas y el poderío de Alfonso, de ese enemigo de Dios que, con su dicha y su tenacidad en pelear contra los musulmanes por espacio de siete años, ha señoreado á Toledo y sus dependencias, poblándolas de infieles y de inmundas criaturas. Ese enemigo de Dios está encubriendo su intento de avasallarnos; y en alzando la frente contra nosotros, temo que con su dicha y su tesón se ha de apoderar de nuestros estados y venir acá sobre nuestra ciudad; y en viniendo con su tropa y sentando su real ahí delante, arduo se hará el salvarla de sus manos. Hay, pues, que acudir sin arbitrio al arrimo de Ebn-Taschfyn, el nuevo conquistador del África, aunque media también su peligro en esta determinación como lo tenemos ya previsto; pues á la verdad ese musulmán mismo no me infunde menos zozobra y pavor que la arro-

almoravides, y no pudiendo alcanzar de él lo que pretendía, llamó á Sevilla á todos los doctores y príncipes de la ley, ya para que resolvieran lo que debía hacerse para la salvación común, ya para que, dirigiéndose juntos á Yusuf, pudieran moverle mejor el ánimo á que les favoreciera con sus invencibles tropas.

Asistieron de estas provincias á la asamblea Ebn-Badys-ben-Habus, saheb de Granada, el cahdí de los cahdies de la misma ciudad, Mohamed-ben-Maan-Moez, el Daula de Almería, algunos walfes, y entre otros el de Málaga, Abdala-ben-Yakut que lo era por el emir de Sevilla. Estuvieron acordes los individuos del parlamento en formar una liga sagrada y llamar á los almoravides; pero este Abdala-ben-Yakut, que era ya anciano, aunque vió levantarse contra la suya la opinión de todos, no dudó en alzar la voz contra ese llamamiento que, según él, debía dar por resultado la derrota de los cristianos y la completa servidumbre de los árabes. ¿Qué peso podía tener sin embargo el parecer de un hombre? Antes esclavos de musulmanes que

gancia del maldito Alfonso. Tantas guerras nos tienen exhaustos: cosechas y rentas han ido á menos con las talas y correrías que traen consigo las mismas guerras. Menguado está nuestro ejército, sin que asome nadie como antes á nuestras llamadas; y si alguno se alista, se muestra todo receloso y despavorido, y sobre todo desafecto, aborreciéndonos por igual la nobleza y la plebe; de modo que no veo otro partido...—Padre mío y señor, contesta el hijo, ¿estáis tratando de traer á España al ambicioso Ebn-Taschfyn, el mismo que salido de los desiertos de El-Kibla ha ido arrollando de extremo á extremo todos los kabiles del Maghreb? Pues él nos ha de arrojar de nuestros hogares, y con sus huestes desenfrenadas nos va á dispersar, deshermanar y expatriar.—Pero no quiera Dios, hijo mío, replica Ebn-Abed, que se diga de mí como he perdido la Andalucía cediéndola en patrimonio á los infieles y haciéndola morada de cristianos, ni que me avenga á que me estén maldiciendo desde los minaretes de nuestras mezquitas á voz de pregón, ni á que venga mi nombre á ser execrable para todos los musulmanes al par del de otros reyes desventurados: no, ¡vive Dios! no, hijo mío; pues más quisiera andar pastoreando los camellos del rey de Marruecos, que ser un emir tributario y avasallado por esos canes cristianos.—Hágase, pues, lo que Dios te está inspirando, dijo Raschid.—Y exclamó Ebn-Abed: espero de la bondad divina que cuanto me inspira en este trance será acertado y provechoso para nosotros y para todos los musulmanes.»

Las palabras del emir en esta plática manifiestan evidentemente que fueron más religiosos que políticos los motivos que indujeron á los árabes andaluces al llamamiento de los almoravides.

esclavos de cristianos, dijo la asamblea, y fueron llamados con urgencia los almoravides.

Los almoravides entraron y derrotaron en una batalla sangrienta al rey Alfonso, que después de haber visto sus estandartes entre el polvo del combate y la sangre de millares de sus soldados, tuvo que escapar á uña de caballo herido en la rodilla; pero las palabras de Yakut fueron una verdadera profecía y no tardaron en verse cumplidas. Yusuf, á cuyo campamento acudieron los más de los emires españoles, vino á su tercera entrada en la Península con ánimo de destronarlos; y Mohamed, ese mismo Mohamed que había sido el primero en pedir el auxilio de sus guerreros, vióse por él cautivado y humillado y abatido y condenado á vivir en África con su familia, comiendo el pan del pobre y vistiendo los harapos del mendigo.

Dirigióse primeramente Yusuf contra el saheb de Granada Abdala-ben-Balkyn, hijo y sucesor de Badys. Entró, según algunos, en la corte de este saheb como amigo; encontró, según otros, cerradas las puertas y en armas el vecindario, viéndose obligado á cercar la plaza para poder ganarla; y hasta los hay que creen que si la redujo fácilmente, fué por haber sabido conquistar el ánimo de Abdala, que se encargó de sosegar el pueblo. Como quiera que fuese, dió por resultado su entrada en la ciudad, que á los dos meses fué el saheb aherrojado y embarcado con todo su harem y toda su familia para el continente africano, donde murió á poco tiempo, dejando en la opulencia á sus tres hijos (1).

Dueño ya Yusuf de Granada, pasó á Ceuta en busca de nuevas tropas para la conquista de Sevilla; y dividiendo á su

(1) Ponemos á continuación la cronología de los sahebes de Granada. En  
1013—Zawyy-ben-Balkyn-ben-Zeiry-ben-Menad, el Sanhadjita.  
1020—Habus-ben-Maksan-ben-Balkyn-ben-Zeiry, sobrino del anterior.  
1038—Badys-ben-Habus, el Modhafer.  
1072—Abdala-ben-Balkyn-ben-Badys-ben-Abus hasta 1090.

vuelta en cuatro partes su numeroso ejército, emprendió á la vez la guerra contra todos los emires y wálíes andaluces. Resonó entonces el estruendo de las armas en los cuatro ángulos de estas provincias. Jaén fue sitiada y tomada por Baty; Baeza y Úbeda humillaron su frente ante la espada de Schyr; Ronda sucumbió bajo Kasur; Almería cayó á las plantas de Mohamed-ben-Aischa; y Mohamed-Moez-ed-Daula, postrer rey de este último reino, debió buscar en las aguas del Mediterráneo una salvaguardia contra sus enemigos los almoravides (1). No hubo quien pudiera resistir á la formidable lanza de Yusuf, y estas provincias y la Andalucía entera volvieron á obedecer á la voz de un solo hombre.

(1) Los reyes de Almería fueron en  
1009—Hhayrán-el-Sekleby.  
1017—Zohair-el-Ahmery-el-Sekleby.  
1041—Maan ó Moez-ben-Mohamed-ben-Abdelrhamán, apellidado Abu-el-Awas y Dzu-el-Wazirat-Ein (dueño de los wasyratos).  
1051 ó 1052—Mohamed-ben-Maan-Moez-el-Daulah-Abu-Yahyah, apellidado el Moatesin-Billa y el Watek-bi-Fald-Ela.  
1095—Obeidala-ben-Mohamed-Hosam-el-Daulah-Abu-Merwan.

